

“NADA NI NADIE LE FUE AJENO A JORGE SANHUEZA”

por ENRIQUE BELLO

Prematura e inesperadamente, a los cuarenta y tres años de edad desaparece Jorge Sanhueza, Conservador de la Fundación Neruda de esta Universidad, bibliófilo, investigador de arte y literatura, amigo y colaborador del “Boletín”.

Ejemplarmente preocupado de ayudar a la difusión de la obra ajena, más que la suya, dejó valiosos trabajos inéditos, y otros dispersos en publicaciones como los “Anales de la Universidad de Chile”, “Boletín del Instituto de Literatura Chilena”, “La Gaceta de Chile”, “Revista de Arte”. Destacamos los referentes a Vicuña Mackenna, al escultor Virgino Arias, los plateros del Chile Colonial, y en fin, su numeroso e imprescindible aporte a la bibliografía de Pablo Neruda.

Rendimos homenaje a nuestro amigo publicando un capítulo suyo de una obra inédita sobre Pablo Neruda, en poder de la Comisión Central de Publicaciones, y unas palabras de nuestro ex-director Enrique Bello, que más allá de cualquier frío dato, retratan la siempreviva presencia, la irremplazable personalidad que todos hemos perdido con el desaparecimiento físico de Jorge Sanhueza.

El directorio de la Sociedad de Escritores de Chile me ha encomendado despedir, por última vez, a nuestro querido compañero Jorge Sanhueza, socio de la institución desde hace muchos años, y uno de sus colaboradores más inteligentes.

Pareciera que las palabras dichas en el instante en que desaparece un ser querido estuvieran siempre de más, que no debieran pronunciarse, porque nada es posible hacer ya para restablecer la comunicación con él. Sin embargo, con la muerte no desaparece el espíritu de comunidad, y los que aún vivimos continuamos por mucho tiempo viviendo con los muertos; no los abandonamos por completo. Siempre fue así, y seguramente seguirá siendo igual por siglos de siglos.

Esta especie de invisible ligazón es más o menos fuerte, según los atributos de la personalidad, del carácter de ese ser querido que se nos va, de lo que nos faltará con su ausencia. Con la ausencia definitiva de Jorge Sanhueza van a faltarnos muchas cosas. Dejarán de reproducirse entre nosotros esas chispeantes invenciones de su humor, tan necesarias en un mundo todavía escaso de ingenios como el suyo, en un pequeño mundo como el nuestro santiaguino, asaz tristón, aún bastante prejuiciado y observante. Seguramente que si existieran los milagros y Jorge pudiera mirar desde un increíble más allá nuestros rostros doloridos por su inesperada desaparición, el rostro suyo mostraría esa risa socarrona con que iluminaba los ambientes más grises, para borrar con ella nuestro velo, y animarnos, hasta hacernos creer que él seguía con nosotros, aquí. ¡Líbrenos dios de los discursos fúnebres!, nos diría.

Como escritor, Jorge Sanhueza fue uno de los más finos cronistas nuestros. Todo lo que escribió se señala por una medida precisa: acuciosidad y elegancia. Jamás

lo tocó el barroquismo bastante común de la gente que escribe en nuestra América Latina. Prefería ir a la fuente de las cosas, de los personajes que investigaba. Reunía textos, los desmenuzaba como quien va a preparar una exquisita ensalada, y luego sacaba de sus bolsillos encantados, los aliños que había preparado y los vaciaba allí. En seguida venía el inventario de lo investigado. No había fechas, por enterradas que estuvieran, que no se le entregaran. Se sabía la historia de Chile, no como historiador, sino como contador de historias. Este espíritu historicista lo usaba por igual cuando se trataba de la actual gente de Santiago. Nada le era ajeno. Ni nadie. Jorge Sanhueza, amigo universal. Cáustico, pero también misterioso. Facedor y desfacedor de entuertos. Enamorado de veinte mujeres, y de todas por igual.

Jorge Sanhueza no deja un alto de volúmenes escritos, aunque haya mucha gente que prefiera los volúmenes a los contenidos. Su obra literaria es principalmente la que dedicó a la investigación. Pocos podrán saber más que él sobre la obra y la vida de don Andrés Bello, por ejemplo. Yo mismo le debo muchas sabias indicaciones que me dio cuando hube de estudiarlo. Como colaborador, en las revistas que en distintas épocas me encomendó la Universidad de Chile, Jorge Sanhueza fue un escritor irremplazable, un acucioso sagaz.

Pero hay alguien que le debe más que nadie. Alguien que, hace años, al hablar de Jorge Sanhueza me dijo: ¿qué haría yo sin él? Por desgracia, ese amigo se encuentra ahora lejos de Chile. Es Pablo Neruda. Jorge ha sido, hasta el fin, el Conservador de la Biblioteca Pablo Neruda, en la Biblioteca Central de la Universidad de Chile. Si Neruda, al obsequiar su riquísima biblioteca de incunables a la Universidad, puso como condición que el conservador de ella fuera Jorge Sanhueza, es porque el poeta sabía muy bien a quien se la confiaba. Paralelamente a esa labor que le llevó mucho tiempo y desvelos, Jorge Sanhueza realizó un trabajo infatigable de catalogación precisa hasta en sus detalles más nimios, de la obra y de la vida de Neruda. Hace veinte años, en tiempos de "Pro Arte", y a raíz de que celebramos en aquel semanario el primer cuarto de siglo de la obra nerudiana, Jorge Sanhueza me entregó el primer fichero bibliográfico y anecdótico del poeta. Era, como todo lo que él preparaba, completísimo; mostraba la dimensión de aquella obra que se conocía hasta entonces un poco de oídas.

De la obra hecha de escritos dispersos y generalmente breves aunque ricos e iluminadores de Jorge Sanhueza, todo servirá en el futuro. Pero su obra maestra fue él mismo, su vida; la simpatía, que no es más que amor con otro nombre, que él prodigó a manos llenas; su humildad terrible, que nos hacía casi avergonzarnos. Pensemos en una flor perfecta que no se marchite jamás y depositémosla sobre su querida, frágil envoltura material.

ENRIQUE BELLO